

Nunca fue rudo ni dijo innecesariamente una palabra severa

Cristo mismo no suprimió una palabra de la verdad, sino que la dijo siempre con amor. Ejerció el mayor tacto y atención reflexiva y bondadosa en su trato con la gente. Nunca fue rudo ni dijo innecesariamente una palabra severa; nunca causó una pena innecesaria a un alma sensible. No censuró la debilidad humana. Denunció intrépidamente la hipocresía, la incredulidad y la iniquidad, pero había lágrimas en su voz al pronunciar sus severas reprensiones. Lloró sobre Jerusalén, la ciudad que él amaba, que se negaba a recibirle a él, el Camino, la Verdad y la Vida. Sus habitantes le rechazaron a él, el Salvador, pero los consideró con compasiva ternura y con una tristeza tan profunda que quebrantaba su corazón.

El Deseado de Todas las Gentes. Mountain View, California: Pacific Press Publishing Association, 1977, p. 319.1 (Capítulo: Los Primeros Evangelistas, párrafo 12).